

Palabras del Presidente de la Sociedad Científica Argentina,
Dr. Eduardo Braun-Menéndez, en el acto académico
en honor del Dr. Bernardo A. Houssay con
motivo de cumplir 70 años.

Nos hemos reunido aquí para rendir nuestro homenaje a un Maestro. El Dr. Bernardo A. Houssay, único Miembro Honorario de la Sociedad Científica Argentina que me honro en presidir, cumple hoy 70 años. También se cumplen en el mes de Octubre próximo 10 años del otorgamiento del Premio Nobel.

Pero el objeto de esta reunión no es el hacer una vez más el relato de la vida del Dr. Houssay, ni la enumeración de sus obras y de sus actos. Queremos aprovechar esta ocasión para hablar del ideal que guió los pasos de un hombre excepcional, quien siempre fiel a ese ideal, que ha trabajado y estudiado con ahínco pese a la pobreza del medio, que ha luchado contra las dificultades de todo orden que encontró en su camino y que ha sembrado ideas y ejemplos sin desanimarse ni desviarse ante la incomprensión y la hostilidad. A pocos mejor que a él puede aplicarse los famosos versos de Kipling en la traducción de Juana de Ibarbouru:

Si puedes cara a cara mirar éxito y ruina
Y en la prueba vencerlos a los dos por igual
Si malvados falsean tus conceptos más justos
Y sufres esa carga con serena humildad
O si ves destruido cuanto tu edificaste
y de nuevo comienzas tu torre a levantar.

Si corazón y nervios y músculos y empeño
Pones solo al servicio del supremo ideal
Y soportas la prueba ya sin clara esperanza
Dando ejemplo de terca y ardiente voluntad.

Ese ideal, esa estrella que orientó su ruta, no es, como cree la mayoría, la investigación científica. Ha sido ésta su actividad específica, su diario quehacer, su tarea primordial. Pero el hombre es inerte e ineficaz, es incapaz de sacrificios y no se lanza a la lucha si no tiene motivos que lo impulsen.

Mucho se ha hablado y escrito sobre los motivos que impulsan al investigador científico. La ciencia, además de servir a la humanidad para subvenir a sus necesidades materiales, tiene sin duda valor propio, como la música, la pintura o la literatura, y el hombre dedicado a ella logra satisfacer su sensibilidad artística al contemplar la verdad.

La curiosidad nunca satisfecha puede ser también motivo suficiente para consagrar la vida a la ciencia. En su última entrevista, pocos días antes de morir, Einstein, dijo: "No puede evitarse el asombro que produce la contemplación de los misterios de la eternidad, de la vida y de la maravillosa estructura de la realidad. Es bastante ya tratar de comprender un poco de estos misterios cada día."

Pero yo creo que si bien estos motivos pueden inducir al hombre a dedicarse a la ciencia no son lo bastante poderosos como para guiar una conducta de vida, ni para arrastrarlo a actos de sacrificio y lucha. La satisfacción de nuestra sensibilidad artística y el ejercicio de nuestra inteligencia son logros humanos de la más alta categoría. Pero si no van acompañados de algo más no hacen del hombre un sabio, empleando esta palabra en el sentido de la persona que posee la sabiduría, ni hacen del hombre un héroe o un mártir. Para ello se necesita un motivo aún más elevado. Y éste

es el amor: amor a Dios, a la Verdad, a la Humanidad, a la Patria, a los Semejantes.

Todos estos amores, si bien se mira, se confunden en uno solo y se llaman caridad, aunque en cada caso particular se manifiestan de distinta manera. En el Dr. Houssey el amor más manifiesto es el amor a la patria. Existen muchas definiciones de patria; pero hay un solo modo de amarla y este es, cómo dice Marañón, "el sentirse orgulloso de pertenecer a ella, el desearle todo bien y el estar dispuesto por ese bien a sacrificarlo todo." y agrega "Más al fin patriótico se llega por dos caminos: el eufórico y el crítico.... El patriótico eufórico encuentra cuanto ha sucedido y sucede en su país, lo más perfecto y sobre ello, no admite discusión. Pasa por optimista, pero no siempre lo es, fuera de la apariencia, porque muchas veces, es sabido que el gesto expansivo disimula un efectivo encogimiento interior... El patriota crítico afánase, por el contrario, en buscar los defectos de su país, pero no con pesimismo abandono, sino para tratar de corregirlos".

Sen éstos los verdaderos patriotas: los insatisfechos, los realistas, los trabajadores sin descanso, los que no temen decir verdades ni actuar de acuerdo con la justicia y la dignidad, aunque ello sólo les aporte críticas y persecuciones; los que siembran, construyen y dan ejemplos, los que se quedan en el país, sacrificando el bienestar material, la consideración pública y el mayor rendimiento de su trabajo que podrían obtener fácilmente en cualquier otra parte del mundo.

Es error frecuente el considerar al hombre de ciencia como un hombre ensimismado y egoísta a quien nada le importa fuera de la ciencia, a un ser encerrado en la torre de marfil de

su laboratorio y despreocupado del bien común. Este error lo cometen quienes consideran que ser patriota es sólo vivir a la patria, ser político no consiste más que en arengar a la multitud y ser héroe en arriesgar la vida en un acto de coraje. El heroísmo más meritorio y más difícil es el duro camino de la perfección mediante el auto sacrificio de todos los días y todas las horas; la política más eficaz es contribuir al bien común, trabajando en lo propio lo mejor y lo más posible, y el patriotismo verdadero, como dijimos, es amar a la patria, sintiéndose orgulloso de pertenecer a ella, deseándole todo bien y dándole todo por ese bien.

El Profesor Houssay es bien conocido como hombre de ciencia y como tal ha recibido infinidad de honores, homenajes y distinciones, bien merecidas por cierto. Pero me atrevo a vaticinar que, en nuestra historia, su nombre perdurará no sólo por haber sido un hombre de ciencia excepcional, sino también por haber sido un gran patriota.

